
CAPITULO LXXII.

LA OPOSICION PARLAMENTARIA Y LA GUERRA EUROPEA.

Permitidme evocar todos mis recuerdos y subir á la contemplacion de una Cámara del Imperio como si todavía me encontrara en los tiempos del Imperio. Para esto no tengo otra cosa que hacer sino recurrir á mis *Memorias del destierro* donde guardo algunas páginas que enumeran todos estos grandiosos espectáculos de una Historia, cuyos hechos están muy recientes y que parecen pertenecer, por lo grandes y lo asombrosos, á bien lejanas edades. Léase la siguiente descripcion que yo trazaba en el mes de Noviembre de 1866, y en la cual se encontrará presentado con la mayor fidelidad, que me fué posible, el Cuerpo Legislativo del Imperio en uno de sus más interesantes períodos.

«Nada más interesante, decia yo, que ver una Asamblea. Es el espectáculo de los espectáculos. Esos altos intereses que las embargan, esos partidos que las dividen, esas ideas que las preocupan, esos ecos de grandes tempestades morales que se levantan de su seno, esos oradores agitados por el sublime génio de la elocuencia, esas corrientes de la

palabra en que se vierte la sangre del alma y en que se decide la suerte de muchas generaciones, todo tiene los atractivos de un campo de batalla sin ninguno de sus horrores. Y si hay en el mundo punto que merezca ser mirado como el navegante mira al polo; si hay cúspide visible de la inteligencia humana, desde la cual desciendan fecundantes rios de ideas, á no dudarlo, es la gran tribuna francesa, destinada á cambiar desde el dia en que surge coronada por la tempestad, toda la direccion de la inmensa corriente de los tiempos.»

«Encaminábame, pues, en los primeros dias de esta semana al Cuerpo Legislativo, atravesando la inmensa plaza de la Concordia. Los árboles del jardin de las Tullerías y de los Campos Eliseos han perdido sus hojas; el rio su transparencia del verano; entre las nubes de color parduzco se dibuja el Arco de la Estrella que parece construido para coronar siempre la victoria, y el obelisco egipcio que parece en el centro levantado para recordar siempre la muerte. A la orilla izquierda del rio, frente por frente de la Magdalena,

aunque á larga distancia, se levanta el edificio que podríamos llamar Congreso de los diputados franceses. Fué un día palacio de los descendientes del gran Condé, y palacio que pasó á la nación cuando vinieron las confiscaciones de las tierras patricias; que cayó en poder de los Orleanses, cuando Luis Felipe se apoderó de la herencia de los Condés; y que volvió de nuevo á la nación mediante uno de esos cambalaches á que tan aficionado era el difunto rey de los tenderos. Su pórtico griego, muy semejante al del Congreso de Madrid, aunque mayor y más artístico, fué obra de Napoleón I.»

«Entrando por la puerta de la derecha os hallais en espacioso salon. Allí se aguardan los billetes para las tribunas, se citan y hablan los periodistas, salen de vez en cuando los diputados. Es una especie de locutorio donde llegan algunas personas distinguidas que los porteros conducen con grandes reverencias, y donde se arma una animadísima tertulia preparatoria de la sesion. Sucede lo mismo que en tales sitios suele suceder en España. Todo el mundo es de oposicion. Los que tienen el público encargo de defender al gobierno, se burlan de él, cuentan picantes anécdotas que aprovechan los oposicionistas de oficio, y se vengan, como suelen los lacayos, de sus propias complacencias, renegando y maldiciendo de sus amos. De pronto se oye un redoblar de tambor, ese ruido tan frecuente en Francia donde el tambor es como lo batuta en una orquesta. No sólo cierran los franceses á toque de tambor los cuarteles, sino las Exposiciones de artes é industrias. No sólo guardan con centinelas de línea los palacios, sino los teatros. En cuanto se oye el ruido del tambor, todos los ojos se convierten á la puerta. Dos filas de soldados aparecen y cubren la corta distancia que hay del palacio del Presidente á la puerta del salon de sesiones. Una nube de porteros se estiende por todas partes. Los individuos de la mesa vienen seguidamente llevando los secretarios sus

respectivas carteras. El Sr. Presidente aparece de frac negro y corbata blanca, con un baston de áureo puño en la mano derecha y el sombrero en la izquierda, la roja cinta de la legion de honor sobre el pecho, y en los lábios la cortesana sonrisa que es de rigor en todos los ceremoniales franceses.»

«Entremos en el salon de sesiones. Yo ocupo un puesto muy cómodo en una tribuna designada por el Presidente. Lo debo á una recomendacion muy especial de un mi amigo diputado de oposicion. La sala de sesiones me parece mezquina, muy inferior á la del Congreso de Madrid, pero construida con más atencion á las leyes de la acústica. La tribuna es todavía la antigua tribuna. Mirabeau la ha acariciado, Danton la ha asaltado, Víctor Hugo y Lamartine la han poseido. Parece que todavía la encubre con sus alas el génio de la elocuencia, y todavía la commueve en sus cimientos el génio de la revolucion. Los pueblos civilizados vendrán algun día en peregrinacion á visitar esa tribuna, esa altar de la libertad, desde el cual se proclamaron la noche del 4 de Agosto de 1789 los derechos fundamentales humanos y á cuyos piés fué á expirar el mónstruo del feudalismo despues de quince siglos de tormentosa existencia.»

«Reina mayor algazara que en nuestra sala de sesiones. Los diputados hablan más y los secretarios se oyen ménos. Como es natural las miradas se fijan en los dos bancos que vienen á ser como los dos polos de la sala, en el banco de la oposicion y en el banco de los ministros. En este descuella Mr. Rohuer por la serenidad con que levanta su mirada sobre toda la Asamblea, como quien se halla seguro de dominarla; y la dignidad tranquila con que ostenta su poder, como quien está seguro de poseerlo. A su lado se ve el reciente ministro del Interior, Mr. Pinard. Este me recuerda en su impasible actitud al Senador español, Sr. Calderon Collantes. Parece que el Cuerpo Legislativo es una Audiencia, y el ministerio una magistratura, y el banco un tri-

bunal. No lo he oido en la oposicion, y por lo mismo ignoro si al combatir á un ministerio tomará los aires de un fiscal. Deténgome poco tiempo en contemplar este grupo. Los hombres del Imperio no son ciertamente los hombres más distinguidos de Francia y por lo mismo no pueden tener esa notoriedad que llama la atencion de un extranjero. Oigo los nombres de los administradores franceses, y en seguida los relego al panteon del olvido.»

«Pero no puedo ménos de fijar mi curiosa mirada en el banco de la oposicion donde los grandes oradores, los restos del naufragio de la tribuna francesa, descuellan todavía. Julio Favre tiene la frente abultada como una urna de ideas; los labios abiertos para dejar pasar el manantial de su fluida palabra. En su rostro hay algo de severo; en sus facciones mucho de duro. Lleva la barba á la americana, muy poblada bajo el labio inferior, mientras el labio superior se halla completamente descubierto. Los oradores franceses no tienen las grandes cualidades de palabra que tienen los primeros oradores de España. Bien es verdad que no manejan esa lengua española, ora ruda como las grandes pasiones políticas, ora melodiosa como un cántico, y que se abre en maravillosísimas ondulaciones de elocuencia para prestarse ya á la concision imperiosa del mandato, ya á la vibracion guerrera del argumento, ó ya á la sonoridad del estilo ciceroniano, oriental, expresado en períodos que parecen á entusiastas odas. Julio Favre razona friamente, y habla con un gran sosiego, con un sosiego que entre los españoles sólo posee Cortina. Pero al acabar sus oraciones, cuando el auditorio se halla encantado apaciblemente de aquella fluida palabra, lanza, ó una larga frase, ó un gran pensamiento, ó un aceradísimo dardo, algo que parezca al final ruidoso y deslumbrador de un fuego de artificio, algo que entusiasme y deslumbré, dejando como un gran eco en los oidos y otro eco mayor en la conciencia. Cierto día, monsieur Rohuer acababa de emitir una brillante

apología del Emperador. «No contendré, le contestó Julio Favre, sobre las cualidades que el ministro atribuye al jefe del Estado; pero si Mr. Rohuer se contenta con ser ministro de un Trajano ó de un Marco Aurelio, yo aspiro á más, yo quiero más que todo eso, yo aspiro á ser ciudadano de un pueblo libre.»

«No lejos de Favre se asienta un hombre cuya reputacion es más antigua y más universal, Mr. Thiers. Es pequeño, rechoncho, pero la cabeza es grande, y admirablemente modelada por el trabajo interior del pensamiento. Decia Plotino que cada espíritu se fabrica su propia habitacion. Y en efecto, la morada de Thiers acusa un espíritu más efusivo que profundo. Su inteligencia es antes el microscopio para ver el mundo de las cosas infinitamente pequeñas que el telescopio con que los génios superiores, los dioses del mundo intelectual, ven las cosas infinitamente grandes. Sus discursos son análisis de una minuciosidad incomprendible; conversaciones de un maravilloso encanto. Despues de haberle oido cuatro horas, os preguntais en seguida: «¿y ya ha concluido?»

«En la oposicion se encuentra tambien Emilio Ollivier, pero en la oposicion imperialista. Habla con portentosa fluidez, si bien con escasísima autoridad, por haber cambiado de bandera política tantas veces. Es alto, de fisonomía expresiva, de temperamento nervioso, de ojos grandes aunque ocultos casi bajo oscuras antiparras; y su aire es entre asacristanado y golillesco. En la cima de la montaña veo á Glais-Bizoine, respetable viejo, de entero carácter, de gracia finísima, de esquisita naturalidad, recordándome á nuestro ya casi olvidado Conde de las Navas; veo á Picard, en cuya cara se descubre la satisfaccion de una conciencia limpia y en cuyo trato la fina amabilidad de un parisien; veo á Julio Simon, célebre por sus virtudes privadas y su ciencia universitaria; veo á Pelletan, cuyo rostro pinta el deseneanto de un alma que no ha llegado á dar los frutos pro-

metidos por las flores de sus primeros libros.»

Esta oposicion tan ilustre tenia alguna parte en los alardes guerreros que menudeaban por do quier, y que al cabo trajeron un conflicto dañosísimo á la causa de la civilizacion y de la libertad, que si bien de pronto produjo dos evidentes progresos, la caida del poder temporal de los Papas y la caida de la dictadura cesarista de Napoleón, produjo á la larga un mal de que difícilmente nos curaremos, la implacable enemiga entre la raza germánica y la raza latina, entre Prusia y Francia, que ha roto una armonía necesaria y que ha traído el peligro de una incesante guerra.

Ha llegado la hora de hacer un estrecho exámen de conciencia y ver qué parte de responsabilidad cabe á cada cual en una de las catástrofes mas terribles que ha registrado la historia. Historiemos. Corria el verano de 1866 y se acababa la guerra austro-prusiana por la batalla y la victoria de Sadowah. El emperador Napoleon, que habia contribuido en mucho á este resultado, esperaba una parte en el botin. Pero, al ir á reclamarlo, se encontró con una redonda y absoluta negativa. Inmediatamente quiso apelar á la guerra, y no tuvo medios para sostenerla. Esta inmensa desgracia pudo costarle entonces la vida, porque de sus resultados le asaltó mortal enfermedad en Vichy. Napoleon sabia que su poder no duraba si no aparecia á los ojos de su pueblo como infalible en sus juicios é incontrastable en sus empresas. Entonces se conformó con necesaria resignacion; y predicó en célebre manifiesto que la victoria de Prusia habia sido una victoria del imperio, por varias y fundamentales razones; porque habia roto los tratados de mil ochocientos quince; porque habia realizado las grandes aglomeraciones tantas veces prometidas y sustentadas en las meditaciones y en las memorias del grande Emperador; y porque habia creado una potencia revolucionaria más, enemiga de antiguos poderes y necesaria aliada de Francia.

Ahí estaba la verdad. Ese era el profundo y necesario sentido político. Se necesitaba mantenerlo contra todo y contra todos una vez públicamente expresado. Las inquietudes de Alemania se hubieran concluido, y las consecuencias de la paz internacional se hubieran tocado inmediatamente. Los recelos del pueblo francés se hubieran poco á poco apaciguado. Pero el partido militar queria la guerra á toda costa; y á las cábalas, á las pretensiones del partido militar sirvió un discurso de Mr. Thiers, discurso admirable por su arquitectura, por sus formas, nocivo por sus tendencias, por sus ideas.

El discurso combatia todo el manifiesto de Napoleon, y por consecuencia toda su política europea. Jamás unió tanta elocuencia á tanta erudicion, ni tanta profundidad á tanta gracia como en este discurso. Cuatro horas tuvo la Asamblea pendiente de sus labios, que fluían como un rio de ideas transparentes, clarísimas, en las cuales se reflejaba con todos sus rojizos resplandores el orgullo nacional de Francia. Olvidando la unidad fundamental del espíritu moderno, y la solidaridad de los pueblos, habló como hubiera hablado un patriota á la antigua, uno de esos hombres que fijan la atencion y la concentran solo en su patria; para las cuales todos los pueblos extranjeros deben ser considerados como pueblos, ó enemigos, ó bárbaros. Solamente por un sentimiento de esta altiva estrechez puede comprenderse y explicarse que olvidado de alemanes, de italianos, de españoles, de ingleses, de todos los pueblos circunvecinos á Francia, sostuviera que á esta nacion le conviene tener á perpetuidad en sus fronteras pueblos, ó desmembrados, ó débiles. Así condenó la obra de la unidad de Italia, esa obra debida á las fuerzas de Francia, y anunció á Víctor Manuel autoridad más fugitiva y reinado más tempestuoso en su nuevo amplio reino de Italia, que en su antiguo estrecho nido de Saboya.

Pero en el tema en que agotó sus fuerzas y

su elocuencia fué en el tema de la unidad de Alemania. Elevóse en alas de su maravillosa palabra á los tiempos más remotos, y recorrió con rica variedad de tonos en la voz, y de ideas en el discurso las crisis supremas que han formado la grandiosa nacionalidad francesa. Para él toda la historia moderna de Francia, se ha propuesto impedir la Alemania una fundada sobre Italia, ó sobre España. Por esta causa, porque Italia no fuera española combatieron Carlos VIII y Luis XII de un extremo á otro de la hermosa península de las inspiraciones y de las artes. Por esta causa, porque el Imperio alemán no fuera una amenaza en el Rhin y otra amenaza en el Pirineo, merced á la poderosa familia de Carlos V, combatieron Francisco I en París; sus herederos en San Quintín; Enrique IV en Cresey; Luis XIII en Rocroy, hasta que consiguieron humillar á España y Austria en la paz de Westphalia, preparada por Richelieu y concluida por Mazarino, los dos grandes políticos de Francia. Y Napoleon III habia contribuido con su política de las nacionalidades á fundar un grande Imperio sobre la frontera de los Alpes, y otro grande Imperio sobre las fronteras del Rhin que aminoraban toda la antigua grandeza de Francia. Y despues de haber luchado tantos siglos en impedir el feudal imperio austriaco unido á la nacion española, ahora nos encontramos con un imperio alemán unido á la nacion italiana. Y se querrá cohonestar todo esto con la frase de haberse con-

cluido los tratados de 1815, ajustados en daño de Francia y concluidos y rasgados con mayor daño todavía de esta gran nacion. Y se añade que el gran Emperador predicaba la aglomeracion de razas, los inmensos calabozos donde se amontonan pueblos esclavos, cuya libertad y cuya independencia habian sido el secreto quizá de sus inspiraciones artísticas, de su cultura científica, de los esmaltes con que ornaran la espléndida diadema de la humana gloria. Esas teorías eran absurdas, y sobre todo contrarias á la dignidad de Francia, que por lo ménos debia compartir con otras naciones su preponderancia en Europa. Ya no queda ninguna falta más que acometer, dijo el orador con voz lúgubre, dejando clavado su agudísimo puñal de dialéctico en el corazon del Imperio.

Desde aquel dia todo cambió en Francia. El orgullo nacional se reanimó con una reanimacion extraordinaria. El partido militar cobró grandes brios y sonó sus sables amenazadores en las gradas mismas del cesáreo trono. Los patriotas pidieron la guerra con clamores y ahullidos espantosos: Francia se palpó las sienes y sintió que le habian quitado en las sombras su espléndida corona de oro. El pueblo mismo comenzó á ser cómplice del error que podia perderlo, esclavizarlo, retardar su emancipacion y su progreso. Y yo creí ver, entre aquellos siniestros relámpagos de entusiasmo, dibujarse el yerto cadáver de la noble Francia.